

Mercedes Sáenz Blasco

¿TOCAPELOTAS? La clase sobre Julio Verne llegaba a su fin. Encandilados con la genialidad de aquel visionario, la mayoría de nosotros aún recorría mentalmente los recovecos del centro de la tierra o divagaba sobre los motivos que llevaron a su sobrino a dispararle en la pierna cuando la voz de Gabriel surgió del fondo del auditorio.—Hay algo que no comprendo. Gabriel se había ganado a pulso su fama de misógino. Hablaba poco y se le veía menos por las aulas, pero aprovechaba esas ocasiones para desafiar al profesor de turno con ocurrencias de lo más disparatado. El magíster solía acogerlas con aire escéptico. Nosotros con sorna. «Ya salió el tocapelotas de siempre», fue el sentir general. «Veamos qué estupidez se le ocurre ahora».— Que un hombre tan adelantado a su tiempo, capaz de concebir inventos como el cohete espacial, el avión, el submarino e incluso la electricidad, desapareciera de la faz de la tierra como un simple mortal. ¿No baraja la posibilidad de que ideara también el elixir de la vida eterna? ¿O la forma de reencarnarse en otro genio? Hubo una carcajada mayúscula. Silbidos. Abucheos. El profesor los atajó categórico.—Tiene usted una imaginación desbordante, sin duda, pero hay cosas imposibles hasta para la mente humana más genial. Lo que propone sólo podría llevarlo a cabo un Dios. Gabriel contuvo una sonrisa pero no pudo evitar que sus pupilas se iluminaran con la certidumbre del éxito. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando lo vi abandonar el auditorio, cojeando, y enfundado en una camiseta en la que podía leerse: Todo lo que fui capaz de imaginar...